

AL MARGEN DE LA VIDA

UN RECUERDO QUE ES UN SÍMBOLO.



L pasar la otra tarde por una de las calles más comerciales de nuestra Ciudad, me llamó la atención un grupo numeroso de *niños pequeños y niños grandes*, detenidos ante el lujoso escaparate de un bazar de juguetes. ¿Qué mirarán con tanta insistencia?... Y picada mi curiosidad por ello, me acerqué yo también y ví caprichosamente iluminadas por los reverberos de blanca y potente luz, una multitud de esas figurillas de barro, de las que se sirve la piedad cristiana para poblar esos tablados emblemáticos, en los que intenta representar, de un modo sensible, el nacimiento de Jesucristo.

Y yo también cual otro niño,—¿qué hombre no tiene al cabo del día un acto infantil siquiera?—me detuve a contemplarlas, porque esas figurillas, que para el escéptico o incrédulo tal vez nada signifiquen, para los que sentimos en el corazón anhelos infinitos y ansias ultraterrenas hablan con un lenguaje altamente tierno y elocuente.

Por eso cuando me alejé del escaparate, la imaginación, sugestionada aún por la vista de aquellas figurillas, evocó con nostálgico cariño, un recuerdo que vive en mí la vida de los grandes recuerdos, la vida de esos recuerdos que guardamos sagradamente en lo más íntimo de nuestra alma y que jamás los repasamos sin sentirnos poseídos de una emoción inefable y misteriosa.

¿Sabéis a qué me refiero?... Es la Noche-Buena en el hogar. ¿Conocéis algún recuerdo que despierte en vosotros sentimientos más íntimos, tiernos y conmovedores, que los que produce el recuerdo de la Noche-Buena, que un día celebrasteis con los vuestros cuando erais niños?... Yo ni conozco ni sé de otro recuerdo, que me cause tan dulce y grata nostalgia como aquél.

¿Y no sabéis, no recordáis de otra cosa, de un símbolo, que compendia y resume en sí todos los encantos y todas las bellezas de la Noche-Buena en vuestro hogar?...

Si, lo recordáis y lo amáis tan bien como yo. Es aquello que yo no sé llamarlo de otro modo más expresivo y familiar con aquella palabra, con que lo designábamos en nuestra niñez: El nacimiento. ¿Verdad que esa palabra os revela lo que fué por mucho tiempo el objeto de todas vuestras ilusiones y de todos vuestros sueños y de todos vuestros afanes?...

¡Ah! en los momentos de angustia y hastío, cuando el alma agobiada por el infortunio está más dispuesta para las cosas sobrenaturales, cuando abrumados por la terrible verdad del mundo real, nuestra imaginación, anhelante siempre de consuelos, se complace en lanzarnos al mundo de las ilusiones, donde creemos ver brillar la hermosa luz de la ventura, con qué cariño tan intenso, con qué dulcísima nostalgia evoco aquellas Navidades de mi edad feliz, que pasaron ya con todo su cortejo de ternuras infinitas, de idilios amorosos, de ruidosas algazaras, de inocentes diversiones!... Aquellos tempranos preparativos para instalar el Nacimiento, aquel ir y venir y correr una y mil veces toda la casa en busca de trastos y objetos, a cual más caprichosos, para adornarlo, aquella emulación entre los hermanos para ver quién lo hacia con más gusto, aquellas

francas risotadas, ausentes, ¡ay!, de nuestros labios muchos años há, aquel júbilo y alborozo cuando ya se había concluido con agrado de todos, aquellas santas y patriarcales veladas en su torno, aquellas oraciones impregnadas de fé y amor, aquellas canciones sencillas, tiernas, delicadas, profundamente poéticas, de sabor netamente religioso que llamamos *Villancicos*... ¡qué cosas tan hermosas, qué cosas tan sublimes!...

¡Oh! Nacimiento: palabra mágica y misteriosa, que hoy todavía tienes la virtud de embriagar nuestro corazón de placer y de alegría, cuando las luchas de la vida han dejado ya en él las huellas del dolor y el sufrimiento y el azar y las circunstancias nos han hundido de lleno en el ruido de esta urbe cosmopolita, separándonos de los seres más queridos, del hogar que quedó allá lejos... ¡bendito seas mil veces!

¡Sí; yo te bendigo y te consagro este recuerdo, cantándote con aquel capullo de poeta, muerto en la adolescencia:

¡Oh, ya pasasteis
felicis días
en que mi infancia
ví terminar...

Yá no me ponen el Nacimiento
y pasa triste la Navidad.

¡Ah! cuánto diera
porque mi madre
de las buhardillas y del desván,
sacara el risco del Nacimiento
y los pastores con el portal!...

Pasaron, sí, aquellos días felices, que formaron en la niñez nuestro corazón tierno y sensible, para hacerle sentir y amar y venerar todo lo que tiene algo de bello y hermoso: pasaron ya aquellos días felices que nos han puesto, en nuestra juventud, a salvo del prosaísmo de la vida y de los groseros deleites de la materia, para no naufragar en nuestros sentimientos cristianos al sentir los primeros ímpetus de las pasiones. Pasaron, sí, mas para consuelo y alivio nuestro, vivirá siempre en nuestra alma su recuerdo. ¡Infeliz de aquel que lo desprecie y arroje de sí, avergonzándose de esas santas diversiones poema de la niñez! Ese tal no tiene corazón y el hombre sin corazón es incapaz de sentir la belleza y mucho más de gozarla.

Para nosotros, para los que alejados del hogar, vemos deslizarse la Noche-Buena, santa y alegremente sí, pero sin esas expansiones íntimas e inolvidables de la casa paterna, el recuerdo de las mismas hará gozar siempre a nuestro corazón y será algo así como la savia más rica que alimente la planta el espíritu.

Y para nosotros, para los firmemente creyentes, que hemos tenido la dicha y la fortuna de conocer y amar la Religión católica, la Noche-Buena en el hogar y el encantado Nacimiento será siempre un símbolo consolador. Porque mientras las familias cristianas veneren con amor el Nacimiento y rezen en su torno fervorosas oraciones y canten sencillas y piadosas melodías, podrá decirse que se conserva vivo el culto del hogar, que el Nacimiento simboliza y que es, después del de Dios, el culto más grande y más hermoso.

EL PEREGRINO.

traron en los alcázares del cielo, exclamando:

—¡La Cruz, la Cruz!... ¡Morirá crucificado por amor al hombre!...

EL SOLITARIO.

(Viene de la pag. anterior).

¡Por los hombres, por mis hijos...!

Jesús dirigió a María una dulcísima sonrisa de gratitud, Y los dos. Madre e Hijo, imprimieron un beso prolon-

gado y ardiente en la crucecita fabricada por el Dios-Niño.

Ante aquel cuadro, tan humanamente divino, los Angeles de Nazaret cayeron de rodillas, mudos de admiración y alzando después el vuelo pene-